



un desafío: se trata de decir mucho en pocas palabras.

El DIE es como un lugar de origen, una marca de identidad profesional. Tengo con él vínculos tan fuertes como los que siento por mi país o por mi familia, que se consolidaron durante el tiempo que hice la maestría en 1988-90. En mi desempeño actual como miembro de un equipo que impulsa innovaciones en escuelas y como docente que aspira a compartir lo aprendido, el DIE es una referencia central.

Conocí el DIE a través de los trabajos de Elsie Rockwell, que llegaron en 1985 a La Paz, Bolivia, primero de Chile y luego de México. Entonces hacía mi tesis de licenciatura en sociología y leía una y otra vez "Etnografía y Teoría en la Investigación Educativa" de Elsie y otro texto de ella y Justa Ezpeleta. A pesar de las relecturas, tenía la convicción de que había logrado en mi tesis lo que intuía que había que hacer. Por eso, cuando una tarde de 1987 escuché en mi oficina voces que mencionaban al DIE fui inmediatamente a la sala de donde provenían. Ahí conocí a Ruth Mercado y Rafael Quiroz, de quienes

quedé encantada. Entonces nunca imaginé que los volvería a ver. Pero sucedió y fue precisamente en el DIE.

Hacer la maestría en el DIE fue el golpe de suerte de mi vida. Significó aprender lo que no había podido sola. Sin Ruth Paradise y Elsie Rockwell jamás hubiera entendido cómo se hace la investigación etnográfica, así hubiera releído por años *Los Argonautas* de Malinowski. Trabajar con ellas significó compartir los implícitos de una comunidad científica, éstos que no aparecen en los relatos metodológicos a pesar de los intentos de explicitarlos.

Permanecí en el DIE hasta junio de 1991, cuando presenté mi tesis. Aparte de impresionarme como un

centro que reúne investigadores con prestigio internacional, me impactó por ser un centro de formación de alta calidad. Me impresionó la capacidad que tiene para arraigar a sus investigadores. Por ello, recibir un fax firmado por Irma Fuenlabrada, con quien no tuve mucha relación directa pero a quien vi en varios convivios institucionales, me resultó muy agradable y familiar.

La maestría me permitió realizar no sólo el trabajo de investigación que me interesaba, sino ponerme en contacto con la historia de la educación mexicana. El material de lectura que proporcionó la maestría me es aún útil para orientar mi trabajo tanto en la investigación como en la docencia universitaria.

La calidad humana que encontré entre los profesores y compañeros facilitó enormemente mi estadía. Con mucho aprecio recuerdo cómo Rafael Quiroz me ayudó a comprar una computadora para acelerar mi trabajo y cómo Ruth y Elsie se ocuparon de conseguir financiamiento para que pudiera culminar la tesis, cuyas versiones finales escribí mientras vivía en el departamento de Ruth.

Solidez académica

Juan Carlos Tedesco

Director del Bureau International d'Education, UNESCO.

Conozco el DIE desde hace veinte años. Para ser más preciso,

desde 1976, cuando varios amigos (y amigas) tuvieron que salir de mi

país (Argentina), expulsados por la represión de una de las dictaduras militares más perversas de la historia contemporánea. Desde ese momento México y el DIE dejaron de ser una mera referencia académica o turística para transformarse en una realidad muy especial donde los elementos afectivos se mezclaban con los aspectos puramente técnicos o profesionales. El DIE ya no era solamente un centro de investigaciones educativas donde trabajaban algunos de los más lúcidos profesionales de la educación, sino que era el lugar donde los amigos y amigas entrañables habían encontrado acogida, protección y posibilidades de seguir desarrollándose como profesionales y como personas.

Este encuentro inicial con el DIE se fue enriqueciendo con nuevos elementos. A la solidaridad se le agregó el intercambio de ideas, la formación de investigadores y la organización conjunta de actividades. Durante esos años me correspondió trabajar en actividades de cooperación técnica regional, primero desde el Centro Regional de Enseñanza Superior de la UNESCO, en Caracas, y luego desde la Oficina Regional de la UNESCO en Santiago de Chile. Fueron más de diez años de contactos durante los cuales el DIE fue siempre un punto de referencia obligado para el debate educativo latinoamericano. No quiero ser injusto con la obra global del DIE, pero no puedo menos que evocar mis experiencias personales más directas. Recuerdo, por ejemplo, la monografía sobre la educación superior en México que María de Ibarrola preparó para el CRESALC y que

se difundió ampliamente en América Latina, la pasión con la cual discutíamos los aportes de Justa Zepeleta y Elsie Rockwell sobre el enfoque etnográfico en la investigación educativa, los trabajos de la misma Justa Zepeleta sobre los docentes en América Latina y la enorme contribución de Emilia Ferreiro a la comprensión de los problemas de la lectoescritura.

La década de los 80 pasó, las dictaduras también, y debimos enfrentar nuevos problemas y desafíos. El DIE acompañó este proceso manteniendo siempre un sano equilibrio entre compromiso político e independencia académica. Este equilibrio constituye uno de los rasgos más originales del DIE. En los países latinoamericanos que sufrieron largos periodos de autoritarismo, la tarea intelectual estuvo concentrada en la crítica y la denuncia. Con el retorno a la democracia, los intelectuales se incorporaron a la tarea política, o directamente a la tarea de gobierno. La estabilidad de México, al contrario, tuvo la particularidad de permitir una articulación distinta entre intelec-

tuales y poder político. El DIE expresó esta articulación a través de sus trabajos de investigación ligados a los problemas reales del sistema educativo y a su solución. Me tocó ver a los investigadores del DIE participar en los debates de política educativa nacional ofreciendo alternativas y mostrando cómo la investigación podía servir de base no sólo a la crítica de las decisiones sino a la formulación de nuevas decisiones.

Solidaridad con América Latina, solidez académica, transferencia de los conocimientos a las decisiones políticas y a la formación de nuevas generaciones de investigadores son, desde un punto de vista objetivo, las tres principales contribuciones del DIE que me parece necesario rescatar. Desde un punto de vista subjetivo lo que guardaré para siempre es el afecto que pude mantener con aquéllos con los que ya me unía en mi país y con los nuevos amigos que conocí en México. A los veinticinco años del DIE le puede caber ese deseo que en mi país expresa algo muy profundo: "No te mueras nunca..."

Una referencia obligatoria

Dagmar Zibas

Fundación Carlos Chagas, Sao Paulo, Brasil.

Durante mucho tiempo los educadores brasileños estuvieron, en su gran mayoría, interesados en la producción académica proveniente de los Estados Unidos y de

Europa. Prestaban poca atención al desarrollo de las investigaciones educativas realizadas en otros países latinoamericanos. Sin embargo, en las dos últimas décadas